



Hoy jueves que esto escribo, se realiza el primer paro nacional agrario en la historia de un Perú definitivamente diferente. Sin saber todavía los resultados, estoy seguro que el gobierno y la derecha podrán decir que el paro no fue total, que en muchas partes el peón y el campesino salieron a sembrar, como cada mañana por esta época del año. Posiblemente, pero ello no le quita a la fecha su carácter histórico: un nuevo capítulo se ha abierto en la lucha secular de los trabajadores del campo.

## UN POCO DE HISTORIA

Hace apenas 20 años, campesino era sinónimo de pongo de hacienda, arrendire de La Convención, míticos comuneros recuperando tierras en Pasco o Cusco; campesino era sinónimo de indio. ¿Y qué era el indio en el Perú oligárquico? No hace todavía 80 años, el Dr. José María Lizares Quiñón, diputado por Puno, presentaba en el Parlamento un proyecto de ley para el exterminio de la población "aborigen". Y hace apenas 40 años, el renombrado filósofo Alejandro O. Deustua afirmaba: "El Perú debe su desgracia a esa raza indígena, que ha llegado, en su disolución psíquica, a obtener la rigidez biológica de los seres que han cerrado definitivamente el ciclo de su evolución... el indio no es, ni puede ser sino una máquina".

Despreciado por una mayoría racista en una sociedad donde todavía hoy día "eholear" es sinónimo de insultar y humillar, o ensalzado por una minoría indigenista; lastre o medias, el campesino era un ser exótico. Hay que recordar que hasta 1979 un buen sector no era siquiera ciudadano peruano; no tenía derecho al sufragio.

Pero por debajo de esa superficie en apariencia inmóvil y a pesar de los pronósticos de Deustua, bullía una realidad en acelerado proceso de cambio. Mercado, carreteras, migraciones, escuela y medios de comunicación cambiaron el rostro del agro.

En los años 50 y 60 se cerró un largo ciclo de luchas campesinas, aisladas y esporádicas, especie de intermitentes estallidos de rabia largo tiempo acumulada, que se estrellaban siempre en las puertas de las ciudades, sin lograr penetrarlas (salvo Atusparia). Y luego la derrota, la represión y la larga espera de otra ocasión propicia para un nuevo estallido.

Pero esa vez —años 60— el estallido alcanzó el triunfo y la oleada campesina, al grito de tierra o muerte, le dio el golpe de gracia al gamonalismo latifundista. Sin embargo, aunque las acciones coincidieron en el tiempo, carecían todavía de coordinación y centralización.

Sin embargo, carreteras, ferias, ciudades, escuelas, radios a transistores, tejían una red cada vez más tupida de comunicaciones que rompían el aisla-

# Paro agrario La rebelión de las lampa

Carlos Iván Degregori

El jueves amaneció lluvioso. Fina lluvia limeña sobre los arenales, humedeciendo los techos de tierra apisonada, las paredes de quincha, las esteras; lavando vidrio, aluminio, hierro y cemento de la urbe. Lluvia en noviembre, casi cotidiana en esta ciudad de Lima que no es ya más la misma. Siempre de espaldas al agro, sepultando al expandirse cualquier espacio verde, seca y polvoriento, hoy amanece extemporánea, excepcionalmente lluviosa, como si el clima quisiera remarcar que un hecho inédito acontece: La lluvia, provinciana y campesina, ha llegado a la capital estéril, que ya no puede seguir ignorándola.



miento del campesino cercado por las pircas de su parcela, centrado en la lucha por recuperar las tierras del patrón o los pastos de la comunidad vecina. Una nueva identidad, una nueva conciencia de la comunidad de intereses más allá de los límites del ayllu o del distrito iba surgiendo.

Así, la década pasada fue el momento de la organización nacional del campesinado. Un impulso central vino de abajo, de los que se enfrentaron a un estado corporativo y reorganizaron —prácticamente refundaron— la CCP en 1974. Otro impulso central vino de arriba, del estado, organizador por la misma época de la CNA, que pronto escapó a su control y tomó un rumbo independiente. La primera agrupó centralmente al campesinado pobre serrano que continuaba la lucha por la tierra. La segunda a los pequeños propietarios y cooperativistas, beneficiarios de la Reforma Agraria pero enfrentados a nuevas formas de explotación.

Nuevas demandas y formas de lucha son así reflejo de los profundos cambios producidos en el agro peruano, donde desde hace varios años se desarrolla un movimiento que incor-

pora formas urbanas de organización como sindicatos y federaciones, guardias campesinas; y formas de lucha: desde marchas de sacrificio hasta huelgas campesinas que paralizan ferias y bloquean centros urbanos. Al mismo tiempo, se recomponen viejas formas de organización como la comunidad campesina.

Paralelamente, se organizaban también los medianos productores, hoy agrupados en la ONA o el CODEAGRO; y los productores por rama: cafetaleros, algodoneros, cocaleros, etc. Una primera convergencia de este amplio y heterogéneo movimiento tuvo lugar el año pasado en el Frente Único de Defensa del Agro Nacional (FUDAN), que hoy revive en la práctica a través de los convocantes al paro, agrupados en un Comité Central de Acción.

## CIUDAD Y CAMPO CONTRA LA LAMPA

Tanto o más importante que la concretización de este amplio frente, es que las medidas de fuerza de los agricultores se enlazan con las luchas urbanas.

Durante los años más candentes de la década pasada, el movimiento campesino caminó mu-

chas veces a contracorriente de las oleadas urbanas, avanzando cuando pueblos y ciudades se replegaban. Así, la participación del campesinado en paros nacionales y frentes de defensa varió según las regiones entre nula y mediana.

Hoy el paro agrario se inscribe *deliberadamente* en medio de un repunte de las luchas urbanas. Y las organizaciones sindicales y políticas de oposición en la ciudad le dan su apoyo explícito y programan una marcha de solidaridad hacia el Congreso de la República.

Todos tienen el propósito de converger en un gran paro nacional que se traiga abajo la política económica que a todos oprime. ¿Política? Sí, y de la buena porqué, como dijera en un artículo Sinesio López: la política no es coto cerrado de señoritos y figurones, el pueblo tiene el derecho a desarrollar su propia política.

Los agricultores, incluso aquellos que hace dos años votaron por la lampa falsamente amiga del campesinado, se levantan hoy contra un decreto que, en el colmo del escarmiento, se denomina de Desarrollo y Promoción Agraria, cuando es en realidad punta de lanza para la destrucción del agro y la ex-

torsión de los productores. Los agricultores ha parado centralmente en demanda de precios justos para sus productos; mejores condiciones de crédito y comercialización; títulos y respeto a los derechos humanos.

## SENDERO Y EL MERCADO

Es evidente que estas reivindicaciones están lejos de ser generalizadas en un agro paupérrimo; pero avanzan en costa, sierra y selva y serán, a mi entender, una de las barreras objetivas contra las que se estrellará la utopía campesinista del Sendero Luminoso.

Porque Sendero puede borrar toda presencia estatal y policial de las zonas rurales de Ayacucho, pero ni en esa pauperizada y atrasada región puede eliminar el mercado, a riesgo de reacaizar y empobrecer todavía más la zona. Los efectos de sus acciones armadas comienzan a repercutir ya en la extendida red de ferias rurales, conforme crece el temor de comerciantes y transportistas para internarse en las zonas en conflicto. Al parecer, en vez de integrarse al torrente de lucha organizada contra las nuevas formas de explotación, Sendero parece haber optado por aislar las zonas donde influye, cortando incluso carreteras, "basarse en las propias fuerzas" y privilegiar el autoconsumo. Si el regreso a la autosubsistencia constituye ya un gran reto en los confines más apartados del país, resulta totalmente utópico en otras regiones.

Igualmente, Sendero puede destruir los centros de promoción de la Universidad de Huamanga, exponentes solitarios, casi únicos, de la tecnología moderna en el agro huamanguino. ¿Pero puede destruir tractores o eliminar ganado mejorado y conseguir al mismo tiempo apoyo campesino en otras partes? Pensamos que no. Como decíamos al principio, el Perú ya no es el de antes.

## "NOSOTROS"

Hace algunos días dos estudiantes limeños, de extracción popular, preguntaban dónde podían realizar una investigación rural con campesinos "auténticos", porque en las cercanías de Lima "los campesinos ya no son los de antes, son iguales que nosotros".

No se daban cuenta que *nosotros* tampoco somos los mismos, que salvo un pequeño ghetto extranjerizado y a pesar de la masiva penetración cultural americana, es hoy más válida que nunca esa vieja frase: en el Perú, quien no tiene de inga, tiene de mandinga; porque al mismo tiempo que se transformaba, el campesinado andino ha transformado el rostro del país, volviéndolo más mestizo y más unido. Queda todavía una larga marcha por delante, pero el paro del jueves y viernes señala claramente un camino por el que la mayoría de peruanos transitamos.